

# TRANSFIGURACIONES

## PRIMER LUGAR EN EL CONCURSO ESTATAL DE CUENTO CONVOCADO POR COBAES

PROFRA. ARMIDA GONZÁLEZ PIÑA



Todos sintieron como si hubieran caído desde una nube... luego sus mundos comenzaron a cambiar.

- Se supone que aquí, precisamente en este lugar, me encontraría con unos gigantes, ante los cuales demostraría mi valor; y resulta que me encuentro a este animalejo a quien con sólo un pisotón enviaría a otro mundo. – Dijo don Quijote y agregó: ¡Mira Sancho! Obsérvalo minuciosamente. ¿Qué clase de animal es? Nunca había visto algo así. Fijate en su semblante... ¿No te parece perplejo?
- ¡Cómo no voy a estarlo, si ayer me acosté siendo un hombre y hoy despierto en este cuerpo de animal! – Afirmó el pobre bicho con gran pena y concluyó diciendo: ¡Que desgraciado soy!

Sancho se le acercó, y, sin mucho éxito, trató de consolarlo:

- Este fenómeno ha de ser producto del derrumbe que se sintió hace un rato; sentí que el mundo rodaba sin parar y ..
- ¡Calla mentecato! –gritó malhumorado don Quijote- El mundo siempre ha girado y no por ello se transforma un ser humano en animal; aunque por lo visto, tú vas a ser el primero si no logras razonar con cordura. Pero vamos, sigamos nuestro camino, que este asunto del bicho me parece un sueño.

- ¡Sí, es verdad! ¡La vida es un sueño! – aseguró un hombre que ya se encontraba frente a ellos.
- ¿Quién es usted? – preguntó don Quijote- ¿Acaso es un caballero que busca vengar algún agravio?
- Soy Segismundo, señor, y no logro reconocer si vivo dentro de un sueño, o si los sueños son la vida misma.

Don Quijote se fue acercando a Sancho para apresurarlo después con estas palabras:

- Vamos mi fiel escudero, continuemos nuestro andar, porque esto mas que un sueño, parece una pesadilla. ¡Mira que se me acusa de loco, pero los locos son otros!

No habían caminado sino unas cuantas páginas, cuando observaron a un viejecito que lentamente caminaba hacia ellos.

- Venerable anciano: ¿Tiene usted algún problema? ¿alguien ha osado molestarlo?, ¿Necesita de este valiente caballero? – interrogó don Quijote, presto para defender y apoyar a un ser necesitado.
- No, no, lo único que yo espero es mi carta, La esperanza de recibirla me mantiene vivo en medio de la muerte. ¿Es usted quien la trae?
- Sépase que soy un caballero, y éste, es Sancho, mi fiel escudero. No soy un mensajero para andar por el mundo repartiendo misivas. Mi labor es más sublime: acudo a los lugares en donde se cometen injusticias y libero a la gente buena y débil de sus enemigos.
- Disculpe, no pretendí molestarlo. Yo no tengo enemigos. Soy un pobre y débil coronel retirado en espera de su pensión. La paciencia es una de mis virtudes. He esperado esa bendita carta por años, así que bien puedo esperar un poco más.
- “El que espera, desespera” – dijo Sancho retirándose, pues ya su patrón cabalgaba con prisa.

Anduvieron durante varios renglones y entraron a un paraje que desconocieron por completo y en donde una vieja se ofreció para conseguirles unas lindas mozas por una pequeña fortuna.

-Yo le soy fiel a mi dama, señora; y mi escudero le es fiel a la suya, por lo tanto pierde usted su tiempo tratando de vendernos una noche de placer. Recorreremos el mundo, pero no sólo en pos de aventuras, sino con el noble propósito de resolver problemas; en especial, ayudarnos a las mozas que se encuentran en peligro.

La vieja se emocionó con las palabras del cadavérico hombre y dijo melosamente queriendo envolverlos con sus palabras.

- ¡Ah! Entonces lo que ustedes necesitan yo puedo facilitárselos, existen graves peligros en la empresas que realizan, pero ellos desaparecerán si ustedes compran mis amuletos para la buena suerte.

- Lo siento señora – dijo don Quijote – pero esa clase de artificios es utilizada por las personas que no confían en su hidalguía.

Yo soy un caballero de verdad y jamás echaría mano de tales argucias como lo hacen mis enemigos. Don Quijote de la Mancha es lo mismo que decir honradez y nobleza. Mi fama trascenderá el tiempo y, aunque no lo crea, mi personalidad será estudiada desde todos los ángulos.

La vieja Celestina, enfurecida ante el loco que tenía enfrente, exclamó:

- ¡Largo de aquí! Si no quieren nada de lo que les ofrezco ¿para qué me buscan?, ¡desocupen este lugar! ¡fuera! Pronto caerán mis verdaderos clientes.

Los dos personajes se alejaron, tal como la vieja quería. Después de un largo trecho empezaron a notar que los caminos dejados por la imprenta se hacían cada vez mas raros, y que de uno de ellos subía un hombre, en cuyo rostro parecía vivir la desesperación.

- ¿Qué le sucede buen hombre? – preguntó Sancho con curiosidad.

El hombre se presentó ante ellos con el nombre de Raskolnikov y les dijo que estaba en un gran aprieto.

Sancho y don Quijote le contaron algunas de sus hazañas y en medio de la plática, Raskolnikov sintió de pronto que en él despertaba una total confianza ante esos hombres que con bondad lo escuchaban, y se atrevió a vaciar en ellos toda su alma. Posteriormente se despidió, y Sancho Panza, a manera de despedida sentenció: “Quien yerra y se enmienda, a dios se encomienda”.

Todavía alcanzaban a ver al pobre de Raskolnikov, cuando notaron que se acercaba un joven atolondrado, tanto, que su aspecto hacía pensar en la locura.

- Otro loco viene hacia acá.- Dijo don Quijote, a su escudero.

El joven que no alcanzó a escuchar el comentario, desde donde se encontraba empezó a dar de gritos:

- ¡Oigan! ¿Les interesaría actuar lo que he escrito para un público exquisito?
- ¡No sea atrevido caballero! ¿me toma acaso por un bufón? – gritó a su vez don Quijote encolerizado – Debe usted saber que soy caballero andante. - ¿No nota usted mi hidalguía?

El otro solo atinó a decir:

- Disculpen, disculpen, tengo prisa. He de encontrar a los actores y mi tío se ha de ver reflejado en uno de ellos.

Sancho se atrevió a preguntar:

- ¿Se siente bien?

Sin hacer caso de la pregunta, el joven continuaba hablando para sí. ¡Esto no puede quedar así! Mi padre muerto me pide venganza y yo se la he prometido. – luego gritó- ¡ Tío, prepárate a morir!

- Quien busca el peligro, perece en él” – aseveró Sancho poniendo cara de sabio.

EL joven Hamlet no lo escuchó y se fue por esos laberintos de caminos, buscándoles una realidad a sus enfermos de sueños.

Saltando de un mundo a otro, los inmortales personajes platicaban para hacerse su jornada más amena:

- Unas páginas más, Sancho, y llegaremos a tu ínsula. No desesperes, que pronto tus grandes servicios serán recompensados.
- “Mientras se gana algo, no se pierde nada” – Aseveró Sancho, queriendo convencerse de que él ganaría su ínsula. – Mire, señor, como no hay ínsula ni venta por aquí, podríamos descansar acompañados de este caballero.
- ¿Caballero yo? – respondió el aludido – No, ¡ni pensarlo! Si ustedes conocieran mi historia...
- “Pon lo tuyo en consejo y unos dirán que es blanco y otros dirán que es negro”
- Dijo Sancho mientras se sentaba escuchar la historia de Juan Valjean.

Después de bastantes renglones, párrafos y páginas en las que Sancho y don Quijote escucharon su miserable historia, prosiguieron su viaje sin darse cuenta de las fronteras que traspasaban.

Sancho Panza, deseoso de arribar a su glorioso destino, comenzó a desesperar:

- ¿En dónde está mi ínsula?
- Mira Sancho, estoy seguro que ésta es la ínsula Barataria; sólo que algún encantador quiere perdernos en estos renglones que suben y bajan. Confía en mi, fiel escudero; aunque aquí se lee la isla del tesoro, te aseguro que hemos llegado a tu ínsula.
- Llegar a la ínsula Barataria o a la del tesoro me da igual, yo lo que quiero es gobernar, establecerme, y heredarle a sus pies los caminos que tanto le gusta recorrer. Pero... esta ínsula esta deshabitada, ¿a quién voy a gobernar?
- No Sancho, no puede estar sola, ¡Mira! Este caballero demuestra lo que te digo,

Sancho sonriendo lo recibió y preguntó con gran orgullo

- ¿Sabe quién soy?,- E inmediatamente le respondió sin darle oportunidad de contestar. – Tiene frente a usted a su gobernador.

El hombre, sin dar importancia al comentario, y anclando su esperanza en los dos hombres rarísimos que lo veían, preguntó:

¿Podrían indicarme el camino a Comala? Ando en busca de mi padre.

- ¡¿Comala?! Dijeron a la vez Sancho y don Quijote – y interrumpió a éste último prosiguió – no, no sabemos dónde está Comala, ni siquiera hemos escuchado ese nombre y discúlpenos usted, que también tenemos prisa, vamos Sancho, este hombre está más perdido que nosotros.

Los personajes callados y con el oído atento a cualquier ruido que no escucharon, decidieron reponer su cansancio en ese lugar tan apto para ello, y, en medio de la quietud y el silencio, quedaron profundamente dormidos.

- Soñar rarezas es común, dijo don Quijote al despertar, pero esto de pasó de raro; figúrate Sancho que mi Dulcinea se apareció en mis sueños con el nombre de Susana San Juan.
  - Eso si que es raro ¿cómo una dama puede llamarse Juan?
- Mi sueño fue chistoso, yo estaba...

Don Quijote interrumpió a Sancho con estas palabras

- Calla, calla, una dama se acerca; y si se encuentra en apuros, estoy dispuesto a servirle como un caballero que soy. ¿Se le ofrece algo, encantadora dama?
- Busco a mi bebé llamado Rocanadour.
- Contestó ella mientras sus ojos bailaban de un lado a otro sin encontrar reposo.
- ¿Dónde lo ha perdido? – preguntó Sancho en el afán de resolver el primer problema que se le presentaba como gobernador.
- Lo perdí aquí, en París, y yo creo...
- ¿París? ¿está ese pueblo cerca de Bataria? Indíqueme el camino a París y yo mismo lo encontraré.

La maga, sin poder comprender la personalidad de esos hombres, se fue retirando de ellos dejándolos muy pensativos.

De repente, don Quijote resintió en su estómago el coraje que se agrandaba por lo que observaba y le dijo a Sancho muy apesumbrado:

- ¡Sancho! Mis enemigos han encantado a tu burro.

Pero luego oyeron la voz infantil que decía:

- Este burrito es mío, se llama Platero. El burro que ustedes buscan lo llevaba un señor que bajó hacia allá.

El pobre Sancho, para darse ánimos, se dijo:

- ¡Más se perdió en la guerra!

Al abrir la puerta de su casa, observó el desorden y notó las ausencias. El coraje, la tristeza y el miedo escribieron en su mente ¡ladrones!, faltaba el televisor, se llevaron su cámara fotográfica, tampoco estaba su reloj. Cargaron con otros objetos de valor, pero dejaron ahí tirado uno de sus tesoros.

Se inclinó junto al librero vacío y empezó a levantarlos uno a uno: dañados, deshojados, revueltos...

No importa, se dijo, hoy mismo los restauraré.